

**Uso de las imágenes:** Publicación (libro en formato impreso).

**Título del libro:** *Libreros de México en la Ciudad de México.*

*Crónica de la compraventa de libros  
en la segunda mitad del siglo XX,  
contada por algunos de sus protagonistas.*

**Editorial:** RM (www.editorialrm.com)

**Fecha de publicación:** Agosto 2022.

## **Sinopsis**

La selección de imágenes que a continuación encontrarán, serán incluidas para ilustrar un libro titulado, *Libreros de México en la Ciudad de México. Crónica de la compraventa de libros en la segunda mitad del siglo XX, contada por algunos de sus protagonistas.*

En *Libreros de viejo en la Ciudad de México* (Editorial RM, 2022), se encuentran reunidas algunas voces de las y los comerciantes de libros usados con mayor trayectoria en la urbe. Libreros que nacieron en cuna de papel y tinta o que conocieron el oficio a partir de su gusto por los libros y que ahora se dedican a proteger, cuidar, vender y promocionar la cultura de México a partir de su trabajo desde un local establecido, un puesto semi fijo o una librería ambulante puesta sobre una manta. Estas entrevistas pretenden reconstruir la historia de las personas que han sido el brazo derecho de la intelectualidad más destacada de la capital mexicana y que al mismo tiempo dan gusto a coleccionistas, estudiantes y amantes de la lectura. La serie de encuentros son una muestra de quienes a través de la experiencia y la intuición, ponen las piezas para ayudar a reconstruir la historia de México.

Este libro es un empeño por reivindicar la imprescindible labor que llevan a cabo los libreros de viejo, de cómo se han adaptado a un mercado que demanda rapidez pero que se mueve lento. Es una búsqueda de reconocimiento al trabajo de decenas de personas que han echado a andar grandes pensamientos, colocando cada ejemplar en las manos correctas. Contiene 31 relatos autobiográficos que cubren varias generaciones libreras, donde se aprecia la pasión por los libros y un afán por encontrar un espacio para la exhibición. Las diferentes historias nos permiten conocer los avatares del gremio y una resistencia permanente ante los embates que pronostican el fin de los libros impresos.

A continuación encontrarán la selección de imágenes cuyos derechos de reproducción estamos solicitando amablemente al INAH. También incluimos las páginas diseñadas del libro donde pretendemos incluir dichas imágenes.

Gracias de antemano y quedamos atentos a sus instrucciones.

Mara Garbuno  
Editorial RM

# Imágenes para Libreros de México en la Ciudad de México. Mediateca INAH

<p><b>1. Puesto ambulante de libros, ca. 1940</b></p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A110831">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A110831</a></p>	
<p><b>2. Puesto de libros y revistas en un jardín, ca. 1935</b></p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A108520">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A108520</a></p>	
<p><b>3. Puesto de libros establecidos en la plaza del seminario, ca. 1950</b></p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A452767">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A452767</a></p>	
<p></p>	
<p><b>4. Gente observa mercancía en puestos de tianguis, ca. 1957.</b></p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A472033">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A472033</a></p>	
<p></p>	

<p><b>5. Edificio de la Librería de Ocasión Pedro Robredo (en la calle Argentina), ca. 1920</b></p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107169">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107169</a></p>	
<p><b>6. estudiantes comprando libros en la calle del Seminario, ca. 1920</b></p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107172">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107172</a></p>	
<p><b>7. librería Cultura, fachada, ca. 1930</b></p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A206704">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A206704</a></p>	

<p>8. librería A. Botas e Hijos, en una calle de la ciudad de México, ca. 1925</p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A261501">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A261501</a></p>	
	
<p>9. hombres comprando libros viejos, ca. 1945</p>	
<p>Archivo Casasola</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A181821">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A181821</a></p>	
	
<p>10. venta de libros durante una barata, ca. 1920</p>	
<p><a href="https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107167">https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A107167</a></p>	
	

**Pero Galín**  
**“El paraíso colonial”**

---

GENARO ESTRADA

Genaro Estrada, *Pero Galín*.  
México: Cultura, 1926, págs. 98-101.

EN EL VOLADOR, los libreros tienen su zona. La librería de César Cicerón, el vasco, especialista en libros de texto; que sabe discurrir con aplomo, sobre libros de medicina y explica por qué el Testut en español debe preferirse al Testut en francés; la librería de Ángel Villareal, el hombre que cachazudamente espera a que el estudiante que ha ido seis domingos a regatear *María* o *La hija del campesino*, suba diez centavos a la oferta; la librería de Juan López, el viejo masón, liberal de la época del Constituyente del 57, que se complace en poner rótulos de controversia política a cuanto grabados, cromos y litografías religiosas caen en sus manos, incluyendo, por de contado, los retratos de las gentes del partido conservador, de curas y prelados y de hombres señalados como de ideas reaccionarias. Los domingos, las librerías se extienden en mesas anexas, en las cuales se amontonan las colecciones de *La Ilustración Francesa*, los argumentos de óperas y los folletos sobre agricultura, industria y comercio.

Los anaqueles, el mostrador, los pilares, todo es aprovechado en las barrancas de los libreros, para la exhibición de muestras y enseñas. Sobre el muro exterior, cordeles paralelos sostienen bandas de las materias más disímiles [...]

Llega un señor de paso lento, de mirada profunda, de traje modesto. Lleva, debajo del brazo, un objeto envuelto en un periódico. Llega distraídamente, como por casualidad, como si no quisiera detenerse ahí. Calla por un momento; echa una mirada a los libros más próximos. Después:

—¿Se interesa usted por un libro antiguo?

—Según... —responde invariablemente el librero.

Hay otra pausa.



Puesto de libros establecidos en la plaza del seminario, ca. 1950

—Tiene más de cien años —se atreve a aventurar el señor del bulto.

El librero esboza una sonrisa.

—Lo veremos —responde.

El señor del bulto no se mueve.

—Tengo una oferta de treinta pesos por él.

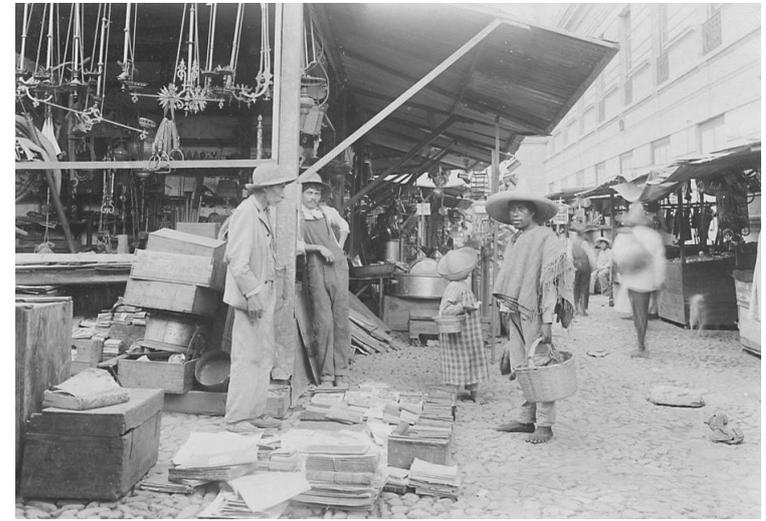
Después coge el bulto, alisa el periódico que lo envuelve, desdobra el periódico y muestra un libro de forro de becerro. No hay duda, ahora, de que se trata de un libro viejo.

—Tengo una oferta de treinta pesos —repite, y pone el libro en las manos del librero.

El librero ve el lomo del libro y enseguida lo abre por la portada; recorre distraídamente algunas páginas y acaba por examinar el índice. El vendedor no despega los ojos del librero; con los dedos ejecuta un repiquito sordo sobre el mostrador. Está muy serio, muy serio.

No me interesa —dice de pronto, decididamente, el librero, volviendo el libro a su dueño.

—Es un libro muy antiguo, tiene más de cien años; me deshago de él por necesidad; está completamente agotado; ¿cuánto ofrece usted? Fíjese usted en que tiene cuatro láminas en cobre.



Vendedor de libros en la Plaza del Volador, Ciudad de México, 1980.

Fotografía de Hugo Brehme.

—No me interesa... pero le daré cincuenta centavos.

El vendedor abre muy grandes los ojos. Se echa hacia atrás. Protesta. Es una edición completamente agotada. Tiene cuatro láminas en cobre. Es un libro de familia, lo adquirió de su abuelo. Está dispuesto a bajar el precio; pero no tanto. Es de 1794 ¡Están tan escasos los libros del 700! Tiene una magnífica oferta; pero no ha vuelto a ver a la persona de la oferta. El librero no cede; dice que apenas encontrará compradores por setenta y cinco centavos, después de muchos días. El vendedor vacila; se calma; calla un momento.

—¡En fin! —dice—. Por ser domingo. Todo está cerrado. Es de usted.

Y se retira, paso a paso, murmurando: “¡Si no fuera hoy domingo!”

El librero coge un cartoncillo, cuyo extremo inferior introduce entre las hojas del libro. Después coloca el libro en el mostrador. En el cartoncillo ha escrito, con lápiz: \$8.00.

## La conversación en México



ARTEMIO DE VALLE-ARZIPE

Artemio de Valle-Arizpe, *La conversación en México*.

México: Jus, 1944, págs. 56 y 57.

A **ÚLTIMAS FECHAS** en la librería de viejo de don Agustín Orortiz, calle del Esclavo, acudían el tozudo Fernando Espinosa, don Genaro García, incansable compilador y sabio bibliófilo, don Balbino Dávalos, don Manuel Revilla, muy quisquilloso siempre, el incomparable bibliófilo don José María de Agreda y Sánchez, don Manuel H. San Juan, el bondadoso maestro González Obregón, el apacible poeta don Enrique Fernández Granados, “Fernangrana” de seudónimo, el inquieto Ángel de Campo, “Micrós”, don Juan Cordero, el rabino don Francisco Rivas, “papá Rivas”, divertido poligloto, don Victoriano Salado Álvarez, don Carlos Pereyra, el acerado historiador, y otros muchos más; y sus pláticas no sólo eran sobre cosas de libros y de archivos históricos, ni tan sólo se apostillaban en ellas artículos de revistas especialistas, sino que se decía de todo lo divino y de todo lo humano, de los sucesos voceados y placeados por la prensa diaria, con un tono de voz normal, con agradable soltura, sin gestos fastidiosos, sin pedantería, con facilidad verbal y discursiva en que el idioma corre y como que se deslíe sin extraviarse nunca por el campo de la violencia, ni con tronidos de palabrotas recias.

## Nueva grandeza mexicana

---

SALVADOR NOVO

Salvador Novo, *Nueva grandeza mexicana*.  
México: Hermes, 1946, págs. 80-82.

**SIEMPRE ESTÁ UNO**, sin embargo (y es un consuelo), en edad de reanudar su contacto con la cultura —a través de los libros. Y ahí atalaya firme, avanzada de la preparatoria, sigue como en mis tiempos y como antes la antigua Librería de Porrúa Hermanos, cuya callada contribución a la cultura mexicana ha justipreciado tan bien en su monografía de “1915” Manuel Gómez Morín. Entremos en ella. Saludaremos a Panchito y a José Antonio, los jóvenes patrones, herederos celosos de los viejos Porrúas que ya descansan. Respiremos el aire venerable de sus altos estantes, que han acariciado las manos golosas de los coleccionistas; escuchemos el apagado eco de una discusión entre las sombras de Genaro Estrada y de Joaquín Ramírez Cabañas. Y veamos cómo entran y salen los jóvenes estudiantes que vienen a buscar un libro de texto, o a informarse de si ya llegaron más ejemplares de la traducción del *Ulises*.

Pasemos, con mi corazón sacudido por el juego violento de la nostalgia, frente a la Antigua Librería de Robredo. Nos falta la figura señorial de don Pedro, en charla con don Carlos González Peña; nos falta don Artemio, que platique con aquel viejecito dulce y mínimo que sabía tantísimo de todas las cosas, y de las calles de México, y que tenía tan insuperable biblioteca en la amplia, oscura calle que don Artemio le acompañaba por las noches, y que hoy lleva su nombre de Luis González Obregón. Porque el tiempo pasa, y vamos quedando pocos al margen de su inexorable torbellino, y es una dicha que don Pedro, que nos falta de su librería, se encuentre atareado en su Imprenta Aldina, dando a la estampa con el auxilio del rubicundo Perico tantos y tan excelentísimos libros de la historia de México; y que sea por muchos años.



Edificio de la Librería de Ocasión Pedro Robredo (en la calle Argentina), ca. 1920. Archivo Casasola.

“Si pasará el tiempo —pensé súbitamente en voz alta, mientras mi amigo husmeaba en los escaparates— que en los míos, los libros viejos no sólo se compraban en Porrúa y en Robredo; ni sólo en un Volador cuyo pintoresco carácter de “Paraíso Colonial” describió en su *Pero Galín* don Genaro Estrada, que tan a menudo lo visitaba; sino aquí, afuera del Sagrario, en el suelo, sobre simple tarimas, donde los vendía el señor Ramírez (papá de los hoy prósperos abogados Ramírez Vázquez), gordo y enlevitado con su bombín”. Años después, ya por los veintes, un fenómeno inexplicable desparramó por los zaguanes más insospechados un copioso acervo de libros generalmente malos —del XVIII y del XIX. Un fenómeno que si no enriquecía fundamentalmente las pequeñas bibliotecas privadas que fundaba, sí fomentaba un gusto por la adquisición de los libros que permitiría, ya poco después, la propagación de sus expendios menos austeros por toda la ciudad.



Librería Cultura, fachada, ca. 1930. Archivo Casasola.



Librería A. Botas e Hijos, en una calle de la ciudad de México, ca. 1925. Archivo Casasola.

## El librero de viejo

---

RICARDO CORTÉS TAMAYO

Ricardo Cortés, *Los mexicanos se pintan solos*.  
México: El Día en Libros, 1992,  
págs. 179 y 180.

**INSIGNE EL LIBRERO DE VIEJO** que expande sus devaluadas y revaluadas mercancías al aire libre, pasto de los elementos. El mismo que llega todas las mañanas a su lugar; todas las mañanas extrae de sendos cajones libros de mil clases; todas las mañanas los desempolva, mira y remira, conversa, restaña y acaricia; y los va poniendo en sitios estratégicos de modo que cada comprador halle el que le place.

En “la línea de fuego” antes formada en la larga calle de Paraguay, que va de Argentina a Brasil, hoy allí cerca, domingo a domingo se acomoda entre los chachareros, que hicieran famosa y fabulosa esta trinchera, el librero de viejo y a él acuden los cazadores de libros en safaris apasionados.

Originalmente —Adán no había escrito en la hoja parral de Eva, sus memorias— el singular mercader fue socorro de prójimos con el “vicio de leer”, pero en la quinta chilla; y estudiantes a la cuarta pregunta. Su aire bonachón daba confianza para pedir fiado y aún daba la ñapa de algún abundante cuadernillo ripioso. Mas poco a poco vino convirtiéndose en “viejo zorro” muy pendiente de la bolsa de valores libresca, sabedor al dedillo en la cotización de ediciones primeras, agotadas o raras; de incunables y palimpsestos que vende “buenas piezas” por un ojo de la cara a los dichos cazadores armados con la escopeta de la erudición, los lebreles del apremio, las botas del capricho, o la pólvora de la jactancia.

Sin embargo, aún le es dable sorprender al lector de buena fe y de mejor voluntad y al paciente y pertinaz coleccionista, entre lomos, carátulas, montones olorosos a encierro, ringleras amarillentas, apollilladas; entre carísimos tomos recién salidos de

la impresión y volúmenes sólo buenos para papel de envoltura, el ejemplar rarísimo y deseado cuya importancia general, e individual, no le pasó al librero de viejo ni por las narices.

Buenos libreros cándidos, de los que ya no se usan; junto a los cuales acechan lobos feroces disfrazados de abuelitas con antiparras y cofia, para comerse mejor a las caperucitas bibliófilas, o bibliómanas.



Venta de libros durante una barata, ca. 1920. Archivo Casasola

## Garambullo

---

RICARDO CORTÉS TAMAYO

Ricardo Cortés, *Los mexicanos se pintan solos*.  
México: El Día en Libros, 1992,  
págs. 193 y 194.

—**GARAMBULLO** —alza el puño—.

Dame lo mío —toma lo tuyo.

Y los muchachos léperos, que nunca faltan, hacían a Garambullo una seña lépera. Él se desquitaba cuando los tenía a su alcance propinándoles pellizcos de monja, que dejaban moretes de los que tardan en curar más de quince días. Era el tiempo de la preparatoria de cinco años. Cuando “perros” y “gatos” en un costal.

Ya calentaba el sol; ya el tezontle era panal y óxidos, destello la cantera armoniosa, cuando Garambullo —habitaba una accesoría enfrente— abría las tijeras de madera, colocaba sobre éstas la vitrina roja, recargaba la tapa en las paredes seculares y ponía en tapa y cajón una docena de libros de texto, preparatorianos casi todos, pero sin que faltara un Planio, o un Testut. Hubo, en los departamentos del cajón, entre los libros, unos cuantos garambullos, origen del sobrenombre, algunas nueces y piñones; el comercio primitivo que se convirtiera en “librería” cuando el primer estudiante pobre empeñó el primer libro. Ahora, en su acervo escaso, feroz competidor de Robredos y Porrúas.

Y decimos otra vez el sol, porque Garambullo era friolento. Vivió deteniendo las paredes de la prepa, tostándose él; tostándose pastas y páginas de sus desencuadernados libros. Una tarde, el tezontle era el ocaso, aquel puntal de carne y hueso, socavado ya en sus raíces, se desplomó para siempre. Los muros permanecieron. Mas Garambullo es la encarnación de esos librereros de viejo que duermen su pereza entre el coro de la juventud y, sin embargo, se levantan y andan en la memoria de los hombres.

## Las librerías de viejo

---

ANDRÉS HENESTROSA

Andrés Henestrosa, *Cara y cruz de una ciudad*.  
México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2001,  
págs. 39 y 40.

**EN OTROS DÍAS** era parte del menester literario, la afición por las librerías de viejo, o de lance, como también se las llama. Los que tienen más de cuarenta años y han formado biblioteca, conocen la delicia dominical que fue recorrer la Lagunilla en las primeras horas de la mañana, antes de que los sabuesos levantaran las mejores piezas, antes de que los agentes y aun los dueños de las grandes librerías se disputaban las rarezas bibliográficas. Eran días aquellos en que los libros tenían valor de acuerdo a su tamaño, con sus pastas, con sus ilustraciones, jamás por la fecha de la edición o por el autor, o por su condición de joya. También podía ocurrir que el librero de viejo calculara el precio de acuerdo con la cantidad que había pagado por el lote: cuando lograba un puño de pesos, de ganancia, estaba satisfecho. Aunque parezca mentira, alguna vez los libros se compraron y se vendieron por cuenta y medida, aunque no por peso como cuenta Cortés que se realizaban ciertas mercancías en la plaza de la Gran Tenochtitlan. A la manera de lo que ocurrió en los tianguetz, formaba parte del trato de comprar y vender, el regateo, que es una manera de prolongar las horas del mercado, de diversión y de chismes, sin lo cual como que al día de plaza le falta algo. Si alguna vez el lector ha observado que el indio no vende en una sola transacción la totalidad de su mercancía, aunque alguno se lo proponga; o que si prefiere una larga caminata antes que vender en el tránsito los efectos, se debe a que no quiere privarse de esos regocijos. Se equivoca quien crea que es una tontería que el indio exclame ante una proposición de esa naturaleza: “Y luego, ¿qué vendo?” Con lo cual quiere decir que se privaría del tianguetz, del placer de



Estudiantes comprando libros en la calle del Seminario, ca. 1920.  
Archivo Casasola

chismear, de enterarse de las novedades y de la recolección de noticias que llevar al pueblo de regreso. Después los libreros aprendieron mucho de ediciones, a veces aprendieron demasiado. En cada uno de ellos en la actualidad hay un bibliófilo y un erudito: tienen con respecto a un libro, muchas noticias, por ejemplo, número de edición, si está numerada, de cuántos ejemplares y en qué papel; si está dedicado, quiénes son los de la dedicatoria y el que la inspira; circunstancias en que el libro se convirtió en rareza; que si el autor no recogió por falta de pago, la totalidad de la edición, que si la bodega en que estaba la edición en depósito fue inundada, y qué sé yo cuántas cosas más. No así en otro tiempo, con diez pesos de entonces, se compraban en las librerías de viejo y en la Lagunilla los domingos lo que ahora no se podría con trescientos, aunque se llevaran en la bolsa y estuvieran los libros al alcance de las manos. Se agotaron los libros de lance, o de ocasión, aprendieron a venderlos; los nuevos ricos los adquirieron por costales; los españoles desterrados rehicieron aquí las bibliotecas que perdieron con la guerra. Don Manuel Pedroso, pongamos por caso, agotó los títulos de Miguel de Unamuno que andaban rondando por esas calles y por esos anaqueles; don Enrique

Díez-Canedo, a su vez adquirió todos los libros mexicanos que pudo; José Antonio Fernández de Castro, un cubano que mucho nos amó, obtuvo los restos de las bibliotecas de sus paisanos desterrados del siglo pasado, a veces dedicados, o con el exlibris de Domínguez Cowan; González Guerrero, Jesús Zavala, nosotros mismos, adquirimos multitud de libros dedicados, en ocasiones apenas abiertos y leídos en las primeras páginas, capítulo éste de verdad interesante, puesto que algunas de esas dedicatorias significan rápidos juicios literarios y semejanza de nuestros autores.

Pero como tantas cosas gratas y deleitosas, todo eso ha pasado, dejando en nosotros un tenue rastro de melancolía. Ahora sólo quedan esas inmundas ediciones hechas sin adhesión de alma y sólo por meros fines comerciales, que si no fuera por la grandeza y la belleza primigenia del libro, se les podría arrojar a la basura; ediciones fraudulentas y mutiladas para ajustarlas a ciertas características editoriales y que el lector poco avisado compra con la mayor buena fe. El paseo por las librerías de viejo por la Lagunilla viene a ser de este modo una manera de reconstrucción de emociones antiguas, una manera de trasladarse a días lejanos.



Hombres comprando libros viejos, ca. 1945. Archivo Casasola.

## El oro de los libros

---

ANDRÉS HENESTROSA

Andrés Henestrosa, *Cara y cruz de una ciudad*.  
México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2001,  
págs. 57 y 58.

**GRATA, INSTRUCTIVA Y ENTRETENIDA**, la excursión por las librerías de viejo. Moverse al azar entre los libros, no en busca de uno concreto; acariciarlos, repasar sus páginas; detenerse en sus ilustraciones; sorprender en este o aquel libro una flor marchita, unas palabras manuscritas, un nombre propio; leer una dedicatoria, constituye un placer, entraña una satisfacción que ni se enseña ni se aprende; trasciende de la naturaleza espiritual del libro, cima y corona de la inteligencia del hombre, hasta cuando se le considera en su aspecto meramente físico.

Grata, instructiva y entretenida, la excursión por las librerías de lance. Pero hay también reserva por motivos dolorosos; uno de ellos, verificar la suerte que corren las bibliotecas particulares, una vez que han muerto sus dueños. Allí, a las librerías de segunda mano, van a parar libros con tantos trabajos, pobrezas, entusiasmos y constancia reunidos. Pertenecen en lo general a escritores, a maestros, a hombres de estudio que, ya se sabe, tuvieron todo, menos holgura económica. Cada libro, cada papel, significa en esos acervos, un sacrificio, la privación de algo; circunstancias que vienen a conferir a estas pequeñas bibliotecas un valor que no se calcula en dinero, sino en algo que es más que el dinero; el denodado empeño de trabajar para bien de los semejantes, con los ojos puestos en el mañana que no les será tan doloroso como el presente.

No es una riqueza la que se deja a los deudos, sino más bien una fuente de tristeza y de preocupaciones. Al principio lo que los pósteros quieren es conservarla, tal vez acrecentarla, mantenerla al día, para que la memoria del finado esté en paz. Pero el tiempo despiadado va atenuando las penas para bien de los



Puesto ambulante de libros, ca. 1940. Archivo Casasola.

huérfanos, que de lo contrario una sola y única tumba sería la tierra. Y entonces aparece por primera vez la idea, la necesidad de vender los libros que se dejaron en herencia y representan la presencia del ser querido; pero que se fue convirtiendo en lastre, cuando no en estorbo.

Vender la biblioteca sería una mutilación, sería tanto como apurar de un solo sorbo el amargo cáliz. Lo mejor es hacerlo a retazos, en pequeños lotes, con lo cual se comete una mutilación peor, si bien no para los herederos que así reparten en pequeñas dosis el sacrificio.

Los aficionados a las librerías de viejo, de lance o de segunda mano, pues de las tres maneras se pueden nombrar, ya saben cuando muere uno de esos escritores, maestros y estudiosos aludidos, que no pasará mucho tiempo en aparecer en los anaqueles, en el montón de esa suerte de camposanto de libros que son aquellas librerías, sus libros y papeles, todavía, se dijera, poseídos del temblor de sus manos, impregnados con la luz de sus últimas miradas. En la primera página su nombre, la fecha en que la pieza fue adquirida, el número de su clasificación. Y lo más doloroso es advertir que a veces tenían hijos y mujer que sabían leer y escribir, y que no eran del todo pobres.



Puesto de libros y revistas en un jardín, ca. 1935. Archivo Casasola.

El hecho se repite, pertenece a una realidad cotidiana, de la que muchos han sido testigos. Deudos hay más juiciosos, mejor aconsejados y avisados: venden las bibliotecas por entero a alguna institución, generalmente del extranjero, con lo cual México pierde verdaderos tesoros, de esos irrenovables. Porque no hay colección particular, por modesta que se le suponga, que no registre una joya, una pieza única de la bibliografía mexicana.

No es esta la primera, ni acaso sea la última vez, que aconsejemos, o, por mejor decirlo, que sugiramos al gobierno de la República la constitución de un fondo, de un organismo apropiado capaz y suficiente para adquirir estas pequeñas, medianas, y a veces, grandes bibliotecas que vendrían a enriquecer el volumen bibliográfico nacional. Con eso salvaría de seguras fugas al exterior de estos tesoros, si incomputables en dinero, lo son mucho más por la constancia, el entusiasmo, los sacrificios que los hicieron posibles.

¿Hace falta poner algún ejemplo de bibliotecas que se han ido al extranjero, que han parado en las librerías de viejo, que se han desintegrado cuando sus dueños murieron? No hace falta. En la memoria de todos se encuentra.

## La cacería bibliográfica

---

ANDRÉS HENESTROSA

Andrés Henestrosa, *Cara y cruz de una ciudad*.  
México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2001,  
págs. 105 y 106.

**MENTIRA QUE NO HAYA NADA** que adquirir en las librerías de viejo. Se engaña quien crea que ya pasaron los tiempos en que una visita dominical a La Lagunilla, o un recorrido sabatino por las librerías de lance que se reparten por todos los rumbos de la ciudad, rendían pródiga cosecha bibliográfica, a veces, extraordinaria cosecha. Pero aunque así fuera, ¿cuál placer más barato, si no es que gratuito, que recorrer las viejas librerías? Entonces y ahora. Con frecuencia ahí en donde menos se espera, aparece ante nuestros ojos un libro raro, curioso y que en ocasiones, el cazador de libros había renunciado a dar alcance. Bien lo supieron, para no hablar sino de bibliófilos ya desaparecidos, Azorín en España; y Victoriano Salado Álvarez y Genaro Estrada, en México. Todos tres, contaron sus experiencias, al propio tiempo que hicieron el elogio de las librerías de segunda mano, con frecuencia atendidos por libreros que sabían latín. Al llegar aquí, recuerdo a don Demetrio García, un librero español que acabó escribiendo, y que conocía los libros por dentro y por fuera.

Yo no pierdo la bella costumbre de recorrer librerías de viejo, de lance o de segunda mano, como también se dice. En este hábito me acompañan Rubén Bonifaz Nuño, Alí Chumacero y Antonio Castro Leal: dos jóvenes poetas y dos veteranos de las letras: Antonio y yo. Cien veces nos hemos disputado piezas que otros habían levantado y corrido y nosotros dimos alcance. Quien alguna vez haya perseguido un libro raro y cuando desesperado de alcanzarlo, logró atraparlo, sabe la dicha que representa la aventura.

No hay que abandonar la costumbre de recorrer las viejas, humildes, apartadas librerías de viejo. Nunca pasar frente a

una de ellas sin asomarse —siquiera asomarse— a sus estantes, que muchas veces nos premian el minuto que creíamos perder, ofreciéndonos un libro con una hermosa dedicatoria, con notas marginales, con apuntes olvidados entre sus páginas; y alguna vez, la flor marchita que una mano y un corazón piadosos dejaron ahí olvidada. ¿Qué bibliófilo, cuál maniaco de las librerías de viejo no ha encontrado en una página de carácter nemotécnico, un billete olvidado? Yo, en un ejemplar de *Selvas y mármoles*, por Joaquín Arcadio Pagaza, por el que pagué después de muchos regateos ochenta centavos, encontré una vez un billete de a 100 pesos.

46



Gente observa mercancía en puestos de tianguis, ca. 1957.

## II

---

# LIBREROS